

LAS LUCHAS POR EL PODER ENTRE LA UNIÓN EUROPEA Y ESTADOS UNIDOS. LAS POSICIONES DE FRANCIA Y ALEMANIA

Francisco Dávila Aldás

Resumen

Se analiza la correlación de fuerzas entre dos poderes desiguales —la Unión Europea y Estados Unidos— y cómo a partir de 1992 la UE, debido a su creciente poder económico, se ha empeñado en disputarle a Estados Unidos ciertos espacios económicos en el mundo y en su esfera directa de influencia. La intervención de Estados Unidos en Irak en marzo de 2003 y su posición de fuerza de intervención para “preparar el camino de la democracia en ese país”, muestra la debilidad de la UE en el campo militar y sus reticencias para seguir los dictámenes de Estados Unidos en la OTAN; lo que ha impulsado a Francia y Alemania —motores en la construcción de la Nueva Europa— a trabajar en ese campo para tener una mayor independencia relativa, ahora que se ha planeado una nueva consolidación y ensanchamiento de esta comunidad.

Abstract

This essay develops an analysis of correlation of strengths between two uneven powers, the European Union and the United States. It explains how the European Union, since 1992 and due to its growing economic might, has persistently disputed some economic spaces and some of its spheres of influence with the United States of America.

The USA intervention in Iraq in March 2003 and its open position as “an intervention force whose goal is to pave the way to democracy in that country” reveals European Union’s weakness in military matters and its reluctance to follow USA dictums in the NATO.

France and Germany, engines in the building process of the New Europe, have been impelled to work in this field to achieve a more relative independence now that a new consolidation and broadening of this Community has been planned.

1. Introducción

Las tremendas noticias sobre el desarrollo de la guerra, llamada “Operación Libertad”, que Estados Unidos unilateralmente declaró a Irak so pretexto de eliminar una de las cabezas visibles del “eje del mal” —*the axis of evil*, como lo definió G. Bush, hijo—,¹ para que “esta estrategia de guerra preventiva sirviera de ejemplo inspirador de liberación para otras naciones de la región”,² dan lugar a una pertinencia mayor, que la ya existente, para analizar y reflexionar: sobre las luchas actuales por el poder entre la Unión Europea y Estados Unidos, tanto más que la construcción del poderío de ésta se ha dado bajo el apoyo y la tutela norteamericana.

Ahora bien, Estados Unidos quisiera reafirmar su fuerza imperial haciendo explícita la doctrina del “destino manifiesto” y arrogándose el papel de heraldo y mediador divino para instalar la democracia, como lo hizo cuando el comunismo amenazaba expandirse; pero Francia y Alemania que vienen impulsando una más amplia autonomía económica, política y aun militar para su espacio regional, se han opuesto a esta arrogante pretensión porque desconoce el gran esfuerzo económico que ha permitido a la UE consolidarse y reclamar una hegemonía económica y política compartida en el mundo.

Es cierto que la ingeniosa y compleja construcción europea, que ahora se fortalece con el éxito del *euro* y que pronto iniciará un nuevo ensanchamiento, como se demostrará, ha sufrido una serie de desavenencias, de disgustos y de fuertes conflictos internos, motivados por el desacuerdo entre las dos visiones de ordenar el escenario internacional para poder dirigir los destinos del mundo, expresan una vez más los juegos internos por lograr el liderazgo de la UE, siempre codiciado por Inglaterra y

¹ En su alocución al Congreso de la Unión norteamericano, el 29 de enero del 2002, dijo que: “*an axis of evil... threatens the peace of the world...*” y con el celo de un misionero por la libertad y la democracia, su gobierno lo combatirá sin cuartel para prevenir sus efectos desastrosos. Ver a este respecto: “George Bush and the axis of evil”, en *The Economist*, 2 al 8 de febrero de 2002, pp. 13-14 y 27.

² Cf. “Taking on the world”, en *Ibid.*, 8 a 14 de marzo del 2003, pp. 13 y 14.

sus aliados del momento, España en especial, apoyados directamente por Estados Unidos.

No hay duda de que la visión norteamericana de regir al mundo, enfatizada por la imperdonable acción del exhibicionismo enfermizo de su poderío militar, se opone rotundamente a la sostenida por los europeos que apuestan a las negociaciones políticas, sostén y base de la democracia que Estados Unidos pregona pero que niega con su conducta imperialista. En términos de teoría política, estaríamos diciendo que Estados Unidos quiere imponer su dominio mediante el uso de la fuerza y la UE lucharía por detentar la hegemonía; o sea, ejercer el convencimiento intelectual y moral, negociar políticamente la gobernabilidad que se sustenta en la institución de las Naciones Unidas.

En este sentido, Estados Unidos al pasarse por encima de los acuerdos y leyes internacionales ha conmocionado no sólo las alianzas concertadas junto con los europeos, iniciada con el derrumbe de la Unión Soviética y, por tanto, con la dilución de los peligros de la expansión del comunismo en el mundo libre, sino las que se consignaron en el pacto de la OTAN, que permitió a los europeos ahorrarse la mayor parte de los gastos militares que Estados Unidos asumió y ocuparse de recuperar su anterior fortaleza construyendo la “Nueva Europa”, plasmada actualmente en la UE.

2. El fortalecimiento y el nuevo ensanchamiento de la UE como el reto al dominio de Estados Unidos

Es indudable que en el caso que nos ocupa, el unilateralismo norteamericano ha dividido el sentir solidario que la UE debe tener para lograr su fortalecimiento y ampliación, que son los objetivos de inmediato mediano plazo en esta coyuntura de recesión mundial, para ampliar su espacio de poder en el interior de la alianza hegemónica que de hecho comparte con Estados Unidos. La crisis de Irak y sus imprevisibles secuelas sólo han puesto de manifiesto y con meridiana claridad las desavenencias y contradicciones entre Europa Occidental y Estados Unidos. Ahora bien, la

prolongación de estos conflictos y la testarudez y arrogancia de la superpotencia norteamericana en proseguir con el aventurerismo del “buen ranchero o *cowboy* norteamericano” —inspirado por vocación divina, como suelen despectivamente juzgar los europeos— podría destapar la caja de Pandora que hasta ahora ha sido parcialmente contenida por las instituciones internacionales dirigidas y tuteladas por la alianza europeo-norteamericana.

Ahora bien, al examinar fríamente la coyuntura actual, los momentos que ahora se viven no son tan peligrosos como los desajustes que se dieron, por ejemplo, con la amenaza del holocausto nuclear, que pendía sobre Europa, luego de la Segunda Guerra Mundial, con la aventura de Suez en 1956, que se parece a la actual (aunque en ese entonces fueron Gran Bretaña y Francia los aliados y Estados Unidos se opuso a la intervención contra Nasser), así como la guerra de Vietnam y la derrota que Estados Unidos sufrió. Además de los peligros de enfrentamiento directo entre las dos superpotencias de ese entonces, cuando se emplazaron los misiles soviéticos en Cuba, antes del colapso de la Unión Soviética, a partir de 1989.

Así, entonces, estas fuertes olas de incompreensión mutua de los dos grandes bloques de poder económico, político y militar: el europeo y el norteamericano, que son quiérase o no los rectores del actual orden mundial, entrarán en los cauces normales; se pondrán pronto de acuerdo, para un reparto menos traumático y bárbaro del mundo que puede llevarnos a calamidades insospechadas.

De este modo, y como corolario de esta introducción, planteamos que la UE está intentando como ya lo ha hecho en otros momentos decisivos, situar su nueva posición y espacio en la región y en el mundo, e impulsar su ensanchamiento y consolidación, lo que —como también ya le ha sucedido antes— choca con la estrategia norteamericana de ensanchamiento de su poderío en el mundo.

Ello también nos indica que le está resultando difícil a Estados Unidos llevar el proyecto globalizador a sus extremos, dado que le resulta contradictorio —una vez aplacada la amenaza comunista— asegurar la expansión de la democracia con mayores controles que limitan la libertad

individual y colectiva. La actual división en la UE —un gran tropiezo en su tesonera construcción— expresa las grandes dudas que los pueblos que la conforman tienen sobre la estrategia de continuar con la idea de los beneficios que aporta el libre comercio, las fuerzas del mercado, ideologizado por la propaganda y el modo de vida americano o la frugalidad, la planificación y la solidaridad social que, pueblos tan cercanos como son los europeos, deben procurarse juntos para ampliar sus libertades y disfrutar de mejoras sólidas en sus niveles de vida.

Last but not the least, los frutos de esta crisis interna en la UE, la de los vencedores y las migajas de poder que los perdedores no podrán recoger, una vez terminado el satánico saneamiento preventivo en Irak, como ha sido la conducta y el comportamiento de los Quince, a lo largo de la construcción de la Unión, servirán de lección para fortalecer los lazos comunitarios, para continuar con la elaboración de la Nueva Constitución europea; para flexibilizar las posiciones endurecidas, en beneficio de todos y de cada uno de los países que han decidido llegar a la unión política, pero que tienen que trabajar fuertemente para cumplir el reto de su nueva consolidación y ensanchamiento futuro.

3. La OTAN y las luchas para la construcción de la UE

El 4 de abril de 1947 se consolida la primera alianza militar —celebrada en tiempos de paz con los países vencidos de Europa— con la firma del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) por iniciativa de Estados Unidos. Esta fue sancionada por el Senado norteamericano en 1948.³ Se justificaba así el dominio y protección de la nueva potencia emergente en el campo militar, en razón de los riesgos de extensión del comunismo. La réplica con el Pacto de Varsovia, bajo la tutela de la Unión Soviética, no se dejó

³ La Convención de Ottawa del 20 de septiembre de 1951 asigna *de facto* a Estados Unidos la dirección de toda la estructura armada y administrativa de la OTAN y permite que una gran parte de sus fuerzas convencionales y nucleares se establezcan en suelo europeo.

esperar. Así se crearon dos campos militares y políticos antagónicos obligados a coexistir pacíficamente. Ahora bien, en términos reales esta institucionalización y estabilización forzosa del escenario militar y político europeo, resultó ser el precio de la seguridad y de la paz de Europa, el cual facilitó e incrementó los intercambios mercantiles, así como el propio proceso de integración europea, esto es, realizar el primer paso para la construcción de la UE.

Esta alianza, bautizada como la del “equilibrio del terror”, permitió también —en la medida en la que el desarrollo científico técnico avanzaba entre la dos grandes potencias americana y soviética— destacar sus aplicaciones militares en lo relativo a las armas convencionales y nucleares, lo que creó un escenario continuo de sobresaltos y tensiones en toda Europa, que sólo pudieron apaciguarse con la negociación política de no agresión armada, entre los dos sistemas socio-políticos modernos: el capitalismo y el socialismo; lo que dio lugar al periodo de la guerra fría.

En estas circunstancias, las viejas potencias mundiales europeas, en especial Francia, temerosa del crecimiento acelerado en el campo económico de Alemania, de su rearme y de la situación de aliada privilegiada de Estados Unidos, resintió esta imposición necesaria para guardar la paz e intentó asumir dos tareas fundamentales de la construcción de la Comunidad Europea: la integración económica y la seguridad política y militar propias. Este último objetivo, concentrado en parte de la PESC, desde sus primeros inicios resultó polémico y difícil de llevar a cabo en razón de las divergencias entre los países, de Inglaterra en particular, que veía amenazado su posible liderazgo y debido al monitoreo inflexible de Estados Unidos sobre la vigencia de la OTAN.

A pesar de ello, nació la Unión de la Europa Occidental (UEO) para la defensa europea, luego del fracaso en 1954 de la Comunidad Europea de Defensa (CED). Su antecedente fue la Unión Occidental que se dio entre Francia, Gran Bretaña, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo en el año 1948. La UEO es en realidad el único organismo europeo competente en materia de defensa,⁴ aceptado dentro de las expectativas de Estados

⁴ Para mayores detalles sobre la UEO, ver Hartmut Soell, “L’ Union de l’ Europe Occidentale après le traité de Maastricht”, en Robert Bussière (director), *Securité euro-*

Unidos como forma de dar una fachada europea a la solución militar atlántica. A ésta accedieron Alemania e Italia el 30 de agosto de 1954, España y Portugal en 1988 y finalmente Grecia en 1992. Sirvió, en la práctica, para negociar las alianzas defensivas entre los países que la conforman y previó en su artículo 5º una asistencia automática y mutua en caso de ataque a uno de sus miembros.⁵ En realidad, estos señalamientos se limitaron grandemente y fueron transferidos desde 1950 a la OTAN.

La UEO se conforma de un Consejo de Ministros de Relaciones Exteriores y de la Defensa —que se reúne dos veces al año—, un Comité permanente de embajadores, con un secretariado en Bruselas y una Asamblea constituida por miembros elegidos entre los delegados de la Asamblea Consultiva del Consejo Europeo que sesiona en París. En verdad, la UEO es un organismo carente de poder, una entelequia burocrática completamente dominada por la OTAN. Ello se evidenció claramente en los comienzos de 1980, dentro de la llamada “guerra de los euromisiles”.⁶

Francia quiso, una vez más, darle fuerzas a la anterior alianza en el momento de la proclama nacionalista e independiente del general De Gaulle, quien insistía en la defensa militar para crear un contrapeso al

péenne et réalités internationales. Pour une recherche de la cohérence, París, Centre d' Etudes de Prospective Stratégique, Publisud, 1997, pp. 215-228.

⁵ Este mismo artículo 5o. de la OTAN sería invocado 51 años más tarde por Estados Unidos, luego del 11 de septiembre del 2001, para comprometer a los europeos en la guerra que éste desplegó casi solo en Afganistán; ver *infra*, pp. 6 y 13 de este trabajo.

⁶ Así, entonces, mientras la Unión Soviética, a partir de 1975-1976 desplegaba sus misiles, los SS20 de largo alcance y gran precisión (3,000 kms), la OTAN respondía a este desafío en 1979 dotando al campo europeo de los Pershin 2 y de los misiles de crucero (GLMC) tierra a tierra para equilibrar las fuerzas europeas contra la amenaza rusa. Finalmente, para allanar mayores tensiones mutuas entre los dos grandes poderes y alejar las atrocidades de un enfrentamiento en el que la UE hubiese resultado la más afectada, se llevaron a cabo arduas negociaciones para la limitación de las armas nucleares que concluyeron el 8 de diciembre de 1987 con el Tratado de Washington, que obligaba a las dos fuerzas a eliminar del territorio europeo todos los misiles nucleares de un alcance superior a los 500 km.

predominio norteamericano militar en Europa. Al menos, desde 1987 en la plataforma de La Haya, se recordó —casi como un compromiso formal— el “interés europeo en materia de defensa y seguridad” y se dio un paso más hacia la comprensión de la compatibilidad necesaria y de la complementariedad que había que fomentar entre los intereses de Estados Unidos y los de la Unión Europea, sin que ello afectara el fortalecimiento de su identidad.

De este modo, la Alianza Atlántica, como estructura político-militar de alcance no sólo europeo sino mundial, tanto en las vísperas de la disolución del bloque soviético como en la actualidad, sigue siendo comandada por Estados Unidos y en este aspecto la UE, aunque ha alcanzado un mayor grado de maniobra, sigue necesitando de este apoyo.⁷ Ello quedó claro en los acontecimientos de Yugoslavia y en la Guerra del Kosovo, así como en el ataque a Estados Unidos perpetrado el 11 de septiembre de 2001, con la variante de que la gran potencia norteamericana solicitó el apoyo moral y con armamento, invocando el artículo 5° de asistencia recíproca para intervenir en Afganistán por sus propios medios; esto es, sin utilizar la pesada estructura de la OTAN, en su cruzada contra el terrorismo, enemigo de la humanidad y de la democracia, como ahora lo está haciendo contra Irak.

Estos acontecimientos recientes nos permiten plantear que todavía durará el predominio norteamericano y —en el mejor de los casos— se reforzará el compromiso de ayuda mutua existente en los planos regional y especialmente global; hecho que no es muy del agrado de la UE, porque tiende a perder la dimensión y el control de su propia política de defensa y teme volver a insertarse en la estrategia militar que le conviene a Estados Unidos. Ello explica el conflicto interno que vive actualmente la UE, debido a la dura estrategia de guerra que la superpotencia ha adoptado frente a la amenaza terrorista latente y a la proliferación de armas prohibidas que pueden socavar el débil equilibrio mundial que conjuntamente

⁷ Para mayores detalles ver M. H., “Y a-t-il une politique européenne de non prolifération nucléaire?”, en *Politique Etrangère*, París, marzo, 1997, pp. 307-319 y también “The row in NATO. A fractured alliance”, en *The Economist*, special report, “Dealing with Iraq”, del 15 al 21 de febrero de 2003, p. 25.

ambos bloques de poder en alianza han mantenido justificando así la actual estructura de la OTAN.

Sin embargo, cabe insistir que la situación de Europa en los inicios del año 2004, es muy similar a la anterior a la guerra fría y a la posterior caída del muro de Berlín y al desmoronamiento del poderío soviético. Ello debido al éxito de la integración económica, manifiesta en la fortaleza del *euro* y en la menor vulnerabilidad de la UE frente a la recesión norteamericana. Esto ha permitido la consolidación de nuevas estructuras políticas y estrategias comunes que tienden a reforzar una mayor autonomía relativa del bloque europeo, frente al tutelaje norteamericano, gracias al estrechamiento de la alianza franco-alemana que, hoy más que nunca, aparece como el motor dinámico que conduce al fortalecimiento político siempre retardado frente a los éxitos económicos. El impulso hacia la creación de la nueva constitución que fortalezca la Unión y dé forma a la ciudadanía europea, que pronto se ampliará con la entrada de nuevos países, apunta hacia la consolidación a largo plazo de la Unión política.

En otros términos, actualmente no se trata ya de una relación de equilibrio siempre precario como la que se sostenía hasta antes de 1989, producto de duras negociaciones entre las dos grandes potencias, donde la UE era apenas tomada en cuenta. Se trata de una etapa de cooperación impulsada por la nueva Rusia, más abierta a Occidente e interesada en ampliar sus relaciones con la UE, de modo directo o a través de Alemania, pero aún desconfiada de la política desplegada en el seno de la OTAN. Ello dio lugar a las negociaciones para la reducción mutua de armamentos en 1990 con la firma del pacto sobre las Fuerzas Convencionales en Europa (FCE). En el anterior evento se notó un mayor involucramiento de la UE y se avanzó hasta fijar el tope de efectivos para las fuerzas armadas de Europa en el plano aéreo y terrestre, como sigue: 325 mil para Francia, 345 mil para Alemania, 260 mil para la Gran Bretaña, 250 mil para Estados Unidos y un millón 450 mil para Rusia, lo cual fructificó en un mutuo y acelerado desarme nuclear que no sólo propició la reducción de gran parte del armamento táctico, sino de los armamentos nucleares tácticos del Pacto de Varsovia que pesaban como una perpetua amenaza sobre Europa. Ello más allá de los compromisos posteriormente refren-

dados en la Cumbre de Helsinki en 1992, los que dieron lugar al pacto llamado STAR I y II sobre los misiles intercontinentales norteamericanos y soviéticos en 1991 en Moscú y en 1992 en Washington, luego de la primera visita de Boris Yelsin a Estados Unidos.

Estos nuevos pasos en las negociaciones europeas, sostenidos a partir de los éxitos alcanzados con la acelerada integración económica, son compensados largamente con el apaciguamiento de las tensiones y amenazas militares que pesaban sobre ella. Si bien Europa seguía siendo el centro de estas tensiones en el campo de las tácticas y estrategias militares, su papel para disuadir las fue más importante; no tanto porque éstas ya no estuvieron fuertemente condicionadas por su principal aliado, Estados Unidos, sino porque la potencia beligerante soviética al caer de su pedestal se había puesto de su lado.

Con estos cambios, la OTAN modificó su estrategia defensiva y la UE se vio forzada de nuevo a definir su papel en la misma. Sin el peligro del comunismo debía ensanchar su papel hacia el fortalecimiento global de la democracia y de los derechos humanos. A su alcance estaban las antiguas democracias populares que, dentro del círculo del Pacto de Varsovia, aparecían como enemigas y que ahora necesitan de su ayuda para consolidarse en el campo económico y político, hecho que no era muy del agrado de Rusia pero que en términos pragmáticos tuvo que aceptar. La UE se ampliaría con el concurso de los Países de Europa Central y Oriental (PECO) con más méritos para integrar a partir del 2004 una nueva zona cercana de sus dominios y sus esferas directas de influencia. Ello implicaba un reconocimiento tácito de la disminución real de su influencia sobre estos países y el hecho aún más doloroso del fracaso interno y exterior de su política en el campo económico y militar, difícil de ser cambiado de la noche a la mañana sin un enorme esfuerzo modernizador interno y un amplio y generoso apoyo financiero internacional.⁸ Era allí donde la UE, según los cálculos rusos, podría desempeñar un papel determinante.

⁸ Ver a este respecto: "La futura ampliación de los espacios de integración de la UE", en Francisco Dávila, *Una integración exitosa, op. cit.*, pp. 98-108.

En lo relativo a la correlación de fuerzas, el debilitamiento ruso le dio mucho mayor juego a la OTAN, pero para ésta era difícil no considerar en serio el papel de colaborador que tenía en Rusia, por razones tácticas y estrategias que dependían de las circunstancias internas de la Federación Rusa. Es más, lo anterior explica la creación del Consejo de Cooperación Noratlántica (COCONA) en el que los antiguos miembros del Pacto de Varsovia, junto con los de la OTAN, se alían y así se deben mutua asistencia, cooperación y colaboración en un mutuo respeto de sus fronteras, lo que tiende a equilibrar el juego de fuerzas entre la potencia en declive que es aún Rusia y la OTAN. Es más, ésta espera la ayuda de Europa para llevar adelante su lenta transición a la democracia en una región desgarrada por problemas étnicos y nacionales difíciles de resolver.⁹

Ahora bien, si la OTAN —como lo intentó— quiso debilitarlo aún más, pudo haber tenido serios reveses que hubiesen retardado el equilibrio; lo que iba en perjuicio de la propia UE, en particular de Alemania, que sufría los estragos de la integración y la consolidación democrática de los PECO. En este sentido fue la tentativa de los jefes de Estado de la OTAN, plasmada en la proposición hecha en Bruselas el 11 de enero de 1994 a la nueva democracia de Europa Central de optar por la pertenencia a la OTAN por la paz, como un aperitivo provisorio al *status* legal de miembro cabal de la Alianza a los PECO que quisieran optar por ésta. Ello, en esos momentos, olía a chantaje, con el agravante de haberse dado cuando Rusia atravezaba por un mal momento.

Esta situación estuvo en la mera raíz de las tensiones que perturbaron aún más a los rusos, pues se volvía a abrir un frente que la Federación intentaba cerrar. El peligro estaba en sus inmensas fronteras en

⁹ Para un tratamiento más detallado del tema sobre el desarrollo y estabilidad de Rusia y de la CEI y de sus potencialidades ofensivas y defensivas en Europa, ver Igor Toporovsky, "Les développements possibles a court terme dans la CEI"; Agota Gueullette, "CEI: perspectives politiques et économiques"; Denis Blancher, "Etat des forces armées de la Ex-URSS"; Romer, Jean-Christophe, Romer, "URSS, Russie, CEI les armes nucléaires et leur devenir"; Jacques Laurant, "Les armes de la Ex-URSS perspectives pour l' an 2000", en R. Bussière, *Securité européenne et réalités internationales. Pour une recherche de la coherence*, Paris, Centre d' Etudes de Prospective Strategique, Publisud, 1997, pp. 71-154.

plena mutación, en su legalidad tambaleante y en la disolución de su propia identidad. Rusia no estaba amenazada ni por Europa, ni por Estados Unidos, sino por la complejidad de los eventos que se estaban gestando en Asia central, en sus relaciones con China, Turquía e Irán. Eso explicaba su complicada situación y su comportamiento ambiguo con respecto a sus fronteras y zonas de influencia estratégicas, lo cual se evidenció en las negociaciones dentro de la guerra de Kosovo. Su razón era clara, no podía debilitarse más, por un lado, sin intentar fortalecerse o ganar al menos tiempo, por otro.

En resumen, a pesar de los deseos de la Unión Europea de fortalecer su esfera de defensa y seguridad militar con mayor autonomía respecto de la OTAN, el asunto debe tomar en cuenta la supremacía de su aliado Estados Unidos y sus estrategias globales en el campo político, estratégico y militar. El ambiguo y contradictorio comportamiento de éste, visible en sus intentos de trasladar parte del peso de lo que significa la defensa del continente a los europeos, se explica por su afán de cumplir la función de gendarme y controlador del mundo que su poder le ha otorgado, sin requerir el concurso de sus aliados, lo que desde el punto de vista objetivo es una aberración, una psicosis obsesiva que puede poner en peligro su propio liderazgo.

No obstante, las presiones que el superpoder ejerce sobre sobre la UE son para conminarla a colaborar allegando recursos para defender el orden mundial del que ella también se beneficia, dado que Estados Unidos, sin su concurso, se está excediendo y desesperando por la magnitud de sus tareas que implican enormes gastos que inciden en su ya fuerte déficit y así la paz y la democracia anhelada por todos se pone en peligro. El caso de Irak es patético y una democracia liberal, como primer recurso, sería una bendición en gran parte de las sociedades árabes, cuyas grandes mayorías viven muy oprimidas, pero no se la puede imponer desde fuera.

La reducción sustancial de sus fuerzas estacionadas en Europa no es una negativa a asumir su papel singular como potencia mundial comprometida con la defensa de sus intereses en las zonas estratégicas del Mediterráneo, del Medio Oriente y de Europa Oriental, pero exige un

compromiso mayor de sus aliados y con razón. Por su parte, los europeos, la UE en particular, no tienen más remedio que aceptar esta superioridad y seguir perteneciendo fieles a esta alianza que le es y seguirá siendo altamente beneficiosa para sus intereses nacionales y regionales. Las tensiones apaciguadas pero todavía no resueltas en Europa del Este y los Balcanes son un testimonio fehaciente y en ello el apoyo ruso ha ido el de un aliado confiable, el cual —por otro lado— necesita una atención especial, dado su poder en recursos naturales y su aún inmenso poderío militar, en especial lo concerniente al arsenal nuclear, de armas químicas y biológicas que se ha mantenido casi intacto.¹⁰

Son loables los esfuerzos de Alemania y Francia para cooperar en el reforzamiento de Europa en la búsqueda de una política común de seguridad y defensa que los vaya conduciendo a una mayor autonomía respecto de su socio. Ellos lo hicieron notar en el Tratado de Maastricht por medio del que intentaron impulsar el pilar de la defensa europea, esto es, que sin renunciar y poner en entredicho la pertenencia norteamericana al sistema global de seguridad política y militar paneuropeo, debían buscar las vías para una mayor autonomía de la Unión dentro de la OTAN, para resolver la contradicción entre su afán de mayor autonomía en asuntos de defensa (avance de la PESC), pero de casi un inmovilismo en emprender las acciones necesarias para lograrla.

Finalmente, los cálculos rusos al firmar el Acto Fundador entre la OTAN y Rusia el 27 de mayo de 1997 estaban dirigidos a recibir ayuda financiera para aplacar sus males sin renunciar al desmantelamiento de su infraestructura nuclear a corto plazo; así Europa y la UE, en ese caso, aparecían como fuertes aliados; lo que contribuyó a forzar la anuencia de Estados Unidos para hacerlo efectivo. Ello significaba, quiérase o no, un mayor compromiso para Rusia de cooperar sin cambiar mucho las reglas del juego dentro de la alianza unilateral con la OTAN. Así, poco a poco, y

¹⁰ Rusia disminuyó de manera significativa su gasto militar en 1985: de casi 360 billones de dólares a 50 billones en el año 2000. En el mismo periodo Estados Unidos pasó de casi 400 billones, en el año 2000, a sólo 300 billones. Ver a este respecto Office of Management and Budget, International Institut for Strategic Studies, en "Present at the creation. A survey of America's world role", *The Economist*, June 29th, 2002, pp. 1-10.

movida por sus propias necesidades de consolidación interna, se fueron dando nuevos acercamientos con Europa y Estados Unidos, el único poder hegemónico militar dentro de las alianzas de la OTAN.

Las nuevas relaciones entre Estados Unidos y Rusia —después del ataque del 11 de septiembre del 2001— celebradas por los miembros de la OTAN, revivieron el espíritu de cooperación iniciado con el Acto Fundador y fructificaron en una alianza más sólida entre los viejos enemigos, los que a fines de mayo del 2002 firmaron en Moscú, luego de 10 años de ásperas y conflictivas relaciones, el primer tratado Ruso-Norteamericano de Control de Armamentos, el cual culminó con la inauguración del Nuevo Consejo de la OTAN y Rusia en Roma. Con ello la Federación Rusa, después de 70 años de régimen comunista y 13 más de transición, apuesta a unirse al concierto de las naciones democráticas.

En este nuevo contexto, la UE tiene un nuevo socio estratégico indispensable pero aún imprevisible en su futuro, debido a las grandes dificultades que Rusia tiene en integrarse económica y políticamente al mundo moderno que siempre ha aspirado.¹¹ De allí procede la necesidad para la Unión de reforzar esta relación con nuevas formas de cooperación y acciones efectivas que apoyen los esfuerzos modernizadores de Rusia, los únicos que pueden garantizar un paso firme hacia el cumplimiento de sus anhelos democráticos, los mismos de la UE; esto es: alcanzar mayor libertad y mejor vida para todos.

En la coyuntura de inicios del 2003, la tendencia a incorporar a Rusia como socio estratégico se confirma cuando Estados Unidos puso a prueba la fidelidad de la UE a sus estrategias militares y presionó y exigió un apoyo incondicional a su acción directa de guerra contra Irak —por encima de las resoluciones de las Naciones Unidas, expresadas en el Consejo de Seguridad— Francia y Alemania se opusieron y su principal socio de apoyo fue Rusia, junto con China.

Por otro lado, aunque esta acción franco-europea no puso en entredicho la estructura actual de la OTAN, sí tuvo la intención de ampliar sus

¹¹ Para mayores detalles, ver "To Russia for Love" y "Special report Europe and America, Old friends and new", en *Ibid.*, 18-24 de mayo, 2002, pp. 11, 24-26 y 29, e *Ibid.*, junio 1-7, 2002, pp. 26-28.

márgenes de independencia relativa para replantear la política común de defensa, reorientar el sentido de las alianzas y asignarle un nuevo objetivo que no debe ir en contra de los intereses de la UE (Francia y Alemania, en especial) en el Medio Oriente y en particular Irak y que Estados Unidos e Inglaterra, intentan vulnerar. De hecho, los apoyos solidarios de Italia, España, Portugal, Dinamarca, Polonia, Hungría y de la República a la postura anglo-americana van en el sentido de una reacción que tiende a rechazar el tradicional liderazgo franco-alemán y su agenda de reformas encaminadas —formal y propagandísticamente— a preservar los valores humanistas europeos, expresados, al menos, en una política estatal preocupada por la ampliación de las instituciones para el bienestar social, frente a la fuerte penetración en el seno de la UE del modelo pronorteamericano de economía liberal, ansioso de cortar todas las restricciones estatales que impidan su vertiginosa expansión.

No obstante, estas contradicciones y cambios en el juego dinámico de las alianzas, que ha sido una constante en la vida de la UE, tienden en el corto plazo a generar un equilibrio precario, no parecen amenazar la consolidación a mediano plazo del bloque regional y, en estas circunstancias, la rigidez de Estados Unidos en salir adelante con sus estrategias y aventurerismos guerreristas no ha hecho más que evidenciar el complejo juego de alianzas, de compromisos y de reformas que la nueva consolidación nacional, regional y mundial de Europa, exige en un futuro no lejano y, en este contexto, repensar el papel de la UE en la OTAN es una tarea insoslayable.

3. La Unión Europea y Estados Unidos

Como hemos venido percibiendo, las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Europea son intensas y complejas y sus luchas son por mantener y ampliar los espacios de poder que ambas disponen. De la misma manera, el predominio económico, tecnológico y militar de Estados Unidos frente a una Europa unida en términos de competir en diversos planos y el mutuo recelo de compartir junto con Estados Unidos la política regional

y mundial, de acuerdo a sus particulares intereses es y continuará siendo la fuente de muy tensos encuentros y discordancias que deben ser negociadas, dado que juntos representan la instancia de poder que hasta el momento: dada su mutua alianza ha regido el destino de las demás naciones.

Alejadas ya las amenazas de intromisión del comunismo en Europa que generaron la Alianza Atlántica y la ayuda permanente de Estados Unidos a la misma, la región ha alcanzado un alto grado de desarrollo. La UE es la subregión más rica y poderosa después de Estados Unidos, eso hace a las relaciones más de socios que de subordinados como sucedió después de la Segunda Guerra Mundial.

Por tanto, sus relaciones se vuelven más competitivas en el plano político y militar, económico y comercial. De este modo, si la situación de subordinación económica y militar fue el aguijón que impulsó la estrategia de la integración económica y política, su éxito actual es la carta fuerte que tiene la UE en el juego mundial con Estados Unidos. Si ya desde el año 1962 este último —a instancias de Francia en el marco del impulso de la integración europea— entendió que la mejor manera de estrechar sus relaciones con la Comunidad y limar mayores asperezas, era proponer un apoyo político mutuo: la *European-USA Partnership*, enteramente beneficioso para ambos.

Con la caída del Muro de Berlín y el desmembramiento de la Unión Soviética, vale remarcarlo, el juego de fuerzas entre la UE y Estados Unidos es más parejo, las negociaciones políticas se han intensificado, así como también las presiones y los temores de Estados Unidos frente a los éxitos de la unión económica y monetaria en el plano nacional, regional e internacional. Ello explica la necesidad para ambos de reforzar las alianzas, de consolidar los lazos de cooperación y de multiplicar los intercambios mutuos. En este sentido, se han intensificado las instancias de consulta mutua (cada semestre) entre el presidente del Consejo Europeo, el de la Comisión y el presidente de Estados Unidos, así como las reuniones en la cumbre para tratar no solamente los asuntos económicos —estrategias industriales, comerciales y financieras; problemas de transportes, ciencia, tecnología, agricultura, educación, energía, medio am-

biente... y otros tópicos—, también la política estratégica mundial y las formas de ordenar al mundo, donde surgen las contradicciones y desavenencias.

Así sucedió en el caso del enfrentamiento de Medio Oriente con Irak, los problemas de Yugoslavia, la Guerra del Kosovo y la intervención de Estados Unidos en Afganistán con la anuencia de la UE, luego de los atentados del 11 de septiembre del 2001; pero como se ha venido explicando, en la coyuntura del primer tercio del 2003 y en los momentos restantes prolongados hasta ahora y que pueden resumirse en la amenaza de derrocar a Saddam Husein mediante la vía armada, el despliegue de un imponente aparato militar de alta tecnología para derrotar a las inermes fuerzas iraquíes y la ocupación de todo el territorio de ese país para “ayudarlo a lograr la democracia”, ha dado lugar a una fuerte división entre los dos poderes aliados y en la propia UE. Esto no es nuevo, Europa en general y la Unión Europea en particular han seguido ejerciendo presión para mantener y ampliar sus esferas de intereses y negociar nuevas posiciones. Esto queda claro en el caso de la reconstrucción de Irak donde reivindica su presencia económica y política activa; aunque esto —como lo señaló Estados Unidos— le signifique una renegociación de la cuantiosa deuda que Irak contrajo con ellos.

Poco a poco, Estados Unidos, a pesar de su proverbial arrogancia y etnocentrismo, tendrá que revisar su unilateralismo y acercarse a sus aliados para compartir los costos de gobernar juntos el mundo. Ahora bien, examinadas las cosas más a fondo, este comportamiento es parte integrante del inmenso poder de Estados Unidos; en realidad, sus aliados de Europa y los 15 de la UE, vistos en conjunto e individualmente, son sus subordinados o sus satélites, y solucionado el problema de la paz en Europa, con el éxito de la integración europea y con la cooperación y entrega de Francia y Alemania a la construcción y ampliación de la Comunidad, el problema del orden en Europa está resuelto.

Así, entonces, pueden continuar las relaciones económicas y comerciales con tintes de desconfianzas mutuas y de rivalidades, producto de sus intereses particulares en los diversos campos. La UE acusa a Estados Unidos de proteccionista en la industria automotriz, del acero, de la

aeronáutica y de los textiles, mientras Estados Unidos la trata de estatista y proteccionista en el campo de la agricultura y del sector aeronáutico. Para destrabar estos conflictos se han firmado varios acuerdos sobre la apertura recíproca de mercados en determinados sectores definidos mutuamente, pero cada cual sigue su propio juego, ya que ambos poderes saben que tarde o temprano llegarán a un arreglo beneficioso para ambos.

Además, Estados Unidos, para controlar las cargas de su enorme déficit presupuestario, ha disminuido sus gastos militares y su presencia armada en Europa; pero ha intensificado sus presiones en el campo comercial y financiero para continuar ejerciendo su función tutelar. Ahora bien, la emergencia del *euro* en la Unión constituyó un reto a la subordinación necesaria respecto de Estados Unidos en los dos últimos campos y ello ha servido para afianzar la estabilidad europea y el equilibrio entre estas dos fuerzas que en el plano económico relevan de la competencia entre el dólar y el *euro*, con un predominio, aun importante, del primero.¹² También deben competir en el plano político, en el avance de la integración política y de las instituciones europeas supranacionales se presenta como una forma velada y a veces explícita de sacudirse la tutela de Estados Unidos en los asuntos regionales de la propia Unión y de las estrategias mundiales que ambos campos tienden a generar.

La estrategia norteamericana es de avance económico y comercial antes que político y militar, aunque viene endosado al poder económico; por ello la UE debe nadar contra corriente, mientras la integración política muestre más bajos que altos, ésta esconde la trampa mortal del adelanto tecnológico, el avance norteamericano respecto del europeo es innegable y así, en el caso de las tecnologías de punta, ligadas a la comunicación y a la informática, o sea, a la llamada tecnología de la información (TI), la UE hace enormes esfuerzos para avanzar en su reestructuración industrial y adoptarla en todos sus campos; para no estar obligada a ser la tributaria de las exportaciones norteamericanas y superar las dificultades que tiene

¹² Cf. a este respecto B. J. Cohen, "L' euro contre le dollar: un défi pour qui?", en *Politique Etrangère*, no. 4, 1997, pp. 583-595.

para poder competir en el propio suelo norteamericano que tiene más escudos de protección que la propia UE. Por ello, resulta difícil prever una mayor autonomía e independencia de la misma respecto de políticas regionales y mundiales, no sólo de defensa y militares sino en cuanto al avance de la ciencia, al desarrollo de la tecnología, de la industria, del comercio, de las finanzas, etcétera.

Ello exige una gran decisión comunitaria; o sea, un verdadero avance en el ámbito de la unión política. Para crear una Europa de la defensa, una Europa política, copartícipe de la hegemonía mundial norteamericana o para contrarrestar la penetración de las empresas corporativas norteamericanas en el espacio de la UE, en especial entre las empresas nacionales y regionales que no han podido fusionarse o integrarse sectorial o regionalmente para hacer frente a este feroz embate.

Fortalecerse nacional y regionalmente no significa volver a las viejas nociones de soberanía nacional de los nacionalismos cerrados y recalitrantes que se hundieron con las dos guerras mundiales; tampoco una apertura indiscriminada al embate de los intereses norteamericanos en los dominios del comercio y de las finanzas. La UEM fue y es una respuesta contundente a los dictámenes negativos que pugnaban sólo por examinar sus desventajas y en este aspecto el éxito del *euro* es su mejor carta.

Por eso, fortalecer la nueva soberanía europea, apuntalada en el nuevo ciudadano de Europa, consciente de sus deberes y derechos, así como fomentar la necesidad de un orden y un gobierno capaz de regir la creación social de las riquezas para un reparto justo y equitativo de las mismas a nivel individual, grupal nacional y regional, es fundamental. Ello, lo insistimos, no significa volver a la tiranía del Estado que dictaba las necesidades de los ciudadanos; ni tampoco confiar ciegamente en los automatismos mercantiles que la ideología neoliberal norteamericana ha venido imponiendo como dogma, gracias al enorme despliegue de sus medios de difusión.

Si el aliado de la UE es más bien una quinta columna o un caballo de Troya, para doblegarla, bien valdría la pena buscar nuevos aliados para luchar por una sociedad más humana en América Latina y en el resto del

mundo. Los viejos demonios del nacionalismo, que no es más que un individualismo particularista que mata todas las iniciativas en pro del bien común y el de cada país, deben volverse a sepultar cuando aparezcan en el mundo, así como los monstruos de la burocratización y administración técnicamente deshumanizada y reglamentada.

En el caso de la Unión Europea ésta debe avanzar hacia la unión política; o sea, a la estrategia de una participación más intensa de los ciudadanos en la gerencia de sus propios problemas, para ejercer una acción ejemplar sobre las jóvenes y maltrechas democracias de nuestros países. Esta acción legitimaría una alianza que Europa anhela y su peso político mundial se incrementaría para poder así contrarrestar el dominio que Estados Unidos ostenta, a pesar de su reticencia a pagar el precio que ello implica.

4. El papel de Francia y Alemania en la lucha por la construcción de la UE

Antes de concluir con este trabajo daremos unas pinceladas al quehacer de los motores de la UE, destacando lo que definimos como el proceso de “nacionalización”¹³ que expresa y resume los grandes esfuerzos internos que desde 1950 hasta hoy han realizado Francia y Alemania: dos Estados-nacionales que superaron sus ancestrales rivalidades y se constituyeron en el núcleo fundamental de la constitución y construcción de la actual Unión Europea y han bregado para doblegar hábilmente el freno permanente que Inglaterra y sus aliados de momento, entre los principales Dinamarca, han significado cuando éstas han promovido iniciativas osadas para profundizar la integración y continuar empujando la construcción de la Nueva Europa.

¹³ Ver a este respecto Francisco Dávila, “Mundialización, regionalización y nacionalización como procesos conflictivos y reconstructores de las instituciones y de los valores modernos”, en “La Unión Europea y el TLCAN frente a la globalización, la regionalización y el nacionalismo”, en Rosa María Piñón (coordinadora), *México y la Unión Europea frente a los retos del siglo XXI*, México, UNAM/FCPyS y Delegación de la Comisión Europea en México, 1999, pp. 167-197.

Se ha tratado, en todo momento, de reconstruir o recrear una nueva identidad nacional, un nuevo nacionalismo abierto hacia nuevas perspectivas, buscando el enriquecimiento mutuo, constituyendo un puente entre la nacionalización permanente que constituye la identidad de cada pueblo y la necesaria supranacionalización que implica la integración en una nueva comunidad, en una Unión de los ciudadanos de Europa.

Especificando la hipótesis con la que iniciamos esta exposición, son los dos grandes Estados europeos: Francia y Alemania, los que han pasado del nacionalismo recalcitrante, endurecido, en una soberanía ofensiva y cerrada, a una soberanía abierta y ampliada. Esto es, han sido capaces de impulsar lentamente la construcción de un federalismo supranacional. Ello les ha resultado difícil, dado que se trata de hacer crecer una conciencia nacional democrática, capaz de madurar regionalmente creando el "ciudadano europeo", con capacidad de lograr en un ámbito de diversidad, de pluralidad y tolerancia, la unidad política y cultural, base y objetivo final de la integración europea.

a) *El esfuerzo de Francia*

Cabe destacar que el Estado galo, desde 1950 hasta el derrumbe soviético de 1989, iniciado con la caída del muro de Berlín y seguido por la unificación de Alemania, vivió una intensa reestructuración de su identidad y desde ese entonces no deja de transformarse lentamente. Con tesón, se insertó dolorosamente en la modernización acelerada impulsada por la tercera revolución industrial. Articuló en esa dinámica un anhelo integracionista y objetivo de consolidación interna, fortalecimiento nacional para la ampliación de su influencia internacional, venida a menos. Sus contradicciones: subordinación real a Estados Unidos en el plano político y militar, pérdida de liderazgo en Europa y necesidad de financiamiento para reconstruirse, fueron parte de su conducta errática y aciertos internos, regionales e internacionales entre 1960 y 1980.

A partir de 1983 le tocó a Francia asumir la nueva modernización de Europa (política científica y tecnológica) y de sí misma, bajo la feroz

competencia desplegada por Estados Unidos. Los denodados esfuerzos realizados para oponerse a la acelerada "americanización" de Europa, en la que se encuentra inmersa, nos dan cuenta de los sacrificios internos exigidos, así como de la disciplina económica y financiera impuesta a su pueblo para conservar fuerte su moneda, controlar los precios de sus productos, cuidar los excedentes de su balanza comercial y modernizar sus empresas. Todo ello en un ambiente de transición mundial recesiva y de competencia abierta, que desencadenan en su interior en un fuerte déficit fiscal y un incremento del desempleo que oscilaba entre los más altos de la Unión.

El costo social que pagó Francia para integrarse a la Unión le sirvió para consolidarse, reconstruir sus diferencias, reactualizar su identidad, aunque de modo formal e ilusorio; pues aunque sigue conservando sus atributos de potencia de posguerra: miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, fuerza de disuasión nuclear independiente y guía primordial del proceso de unificación europea, su liderazgo, a pesar de sus esfuerzos, está declinando y pasa a un segundo plano. El derrumbe de las superpotencias tutelares en 1989 y el ascenso de Alemania y Japón al rango de superpotencias económicas emergentes y la correlación de fuerzas mundiales que estos eventos producen, cambian repentinamente el futuro de Francia y la obligan a buscar de manera afanosa una nueva reconstitución de su identidad.

Si la coyuntura mundial le quita a Francia su importancia relativa en el quehacer mundial, los momentos europeos inesperados de principios de 1990 —con los nuevos impulsos integradores en vías de institucionalización y ampliación, con la unificación alemana y su propio proceso de transición interna a las nuevas circunstancias mundiales y europeas que se abren—, le significan un nuevo reto de estructuración nacional. Esta nueva adaptación pone a la gran nación gala en una encrucijada desgarradora, en una nueva reconstrucción de su identidad. Un nuevo re-examen de sus propias circunstancias, un nuevo reconocimiento de sus diferencias y de su intrínseca riqueza, supone nuevas reestructuraciones y reconstrucciones.

¿Puede en su decadencia como potencia mundial volver a resurgir?

¿Su vocación inquebrantable por impulsar la construcción de la Nueva Europa unida pasa por el reconocimiento de la primacía de Alemania en el campo económico y en el proceso en que ambas potencias están comprometidas? ¿Cerrarse sobre sí misma a riesgo de aislarse o de perder su unidad interna, su soberanía y su recia identidad, sería al mismo tiempo diluirse en el proceso americanizante? ¿Es necesario, entonces, realizar un doble y duro esfuerzo; modernizarse internamente y apoyar la modernización del resto de Europa? Estas son las preguntas y los retos que el Estado francés se hace en su encrucijada actual.

Las respuestas implican un serio aprendizaje de lo que está compartiendo con los 15 países miembros de la Unión Europea y con los 11 que integran la eurozona. La realidad francesa no es fácil, existe un clima de confusión y de ambigüedad que se vive desde 1995; los esfuerzos nacionales para integrarse, para fortalecerse internamente no han sido suficientes. Las protestas, huelgas, paros, motines y enfrentamientos controlados, nos señalan de modo lacerante la gravedad del desajuste económico y social. La política de afirmación independiente del poderío francés, expresado en la vuelta a los ensayos nucleares; las duras medidas en contra del narcotráfico, del terrorismo, de la drogadicción y de los crímenes, parecen poner en entredicho no sólo los acuerdos de la liberación de las fronteras sino la voluntad misma de caminar con paso firme a la “Europa social” y hacia la Unión Política.

Los vientos neosocialistas que sembraron esperanzas en 1997 terminaron en negras quimeras que condujeron al cataclismo político del Partido Socialista Francés (PSF), en el “vergonzoso mayo del 2002” que apenas pudo corregirse con la pírrica victoria y reelección de Chirac.¹⁴ Este rotundo fracaso de la izquierda en avanzar hacia una modernización opuesta al tremendo empuje de la “globalización americana”, expresa el miedo a la homogenización, a la pérdida de identidad, a la caída del nacionalismo orgulloso de los franceses que, en una Unión en plena transi-

¹⁴ Ver a este respecto “France’s shame”, “Special report, the French elections” y “Jacques Chirac wins by default”, en *The Economist*, abril 27-mayo 3, 2002, pp. 11 y 25-27, respectivamente e *Ibid.*, mayo 11-mayo 17, pp. 48-49.

ción,¹⁵ no alcanza a lograr la “cohesión social”, la fuerza para cambiar las instituciones estatales envenenadas por la corrupción y el burocratismo y, por tanto, incapaces de administrar una reforma económica y administrativa que canalice el sostenido crecimiento alcanzado por Francia en los cinco últimos años hacia un mayor y equitativo reparto de las riquezas.¹⁶

Ello requiere una confrontación interna, una redefinición diferenciadora que el pueblo francés y su gobierno deben reemprender para crear un nuevo consenso nacional en el que se enfrente la incertidumbre económica, social y cultural que se expresa en el elevado desempleo, en el envejecimiento de la población, en la carencia de nuevas perspectivas para los jóvenes que no ven en la integración europea más que el surgimiento de un nuevo proyecto elitista que no llega a las mayorías nacionales.

Aún más, la vieja ambición tecnológica francesa, frente a la carencia de medios industriales y financieros en un clima de ampliación de la competencia a nivel regional y mundial, resulta ser ya obsoleta e incapaz de impulsar a sus empresas a la feroz competencia internacional que el momento actual exige.¹⁷ Por otro lado, el fuerte estatismo francés, orgulloso de inculcar el individualismo utilitarista opuesto a las reivindicaciones

¹⁵ Ver a este respecto “Europe’s big idea”, en *The Economist*, enero 5-enero 11, 2002, *op. cit.*, pp.11 y 22-41 y “How sick is Europe?”, en *Ibid.*, mayo 11-mayo 17, pp. 11 y 45-53, respectivamente.

¹⁶ De hecho, la economía francesa en el 2002, influida por la volatilidad de los mercados y la recesión de Estados Unidos, dio signos de desaceleración y su déficit fiscal de alrededor del 2.6% del PIB rebasó del 1.8% o 1.9% previsto y en el 2003 éste apenas fue del 0.4%, con lo que se encuentra al borde de una nueva recesión, luego del respiro que tuvo en 1999-2000, momento en el cual éste creció hasta el 4.5%.

¹⁷ En “Regulation, the dynamics of firms and lagging productivity growth in Europe”, en *The Economist*, mayo 25 al 31 del 2002, p. 76, que resume el trabajo de “The Role of Policy and Institutions for Productivity and Firm Dynamics: Evidence from Micro and Industry data”, de S. Scarpetta, H. Hemmings y otros, OCDE, working paper 329, 2002. Las instituciones francesas aparecen como las que mayores trabas ponen, en comparación con Inglaterra, Estados Unidos, Italia y Alemania que siguen en la lista, a la creación y al desarrollo de nuevas empresas.

sociales y comunitarias actuales está casi totalmente imposibilitado para reconvertir la vieja doctrina de la soberanía nacional en un nuevo y fecundo impulso regional que active la europeización de Francia. Ello, en efecto, es un nuevo reto, ya que implicaría la pérdida de los aspectos negativos de su identidad, aquellos que justificaron el dominio, la explotación, la colonización y la guerra entre los pueblos de Europa y que dieron como resultado la subordinación y el tutelaje, así como el sometimiento al poderío militar de las superpotencias de antaño.

La nueva identidad francesa, su nacionalismo abierto a la construcción de una patria europea, que ya ha superado sus rivalidades con Alemania, implica aún un mayor esfuerzo para el fortalecimiento de Francia y de Europa; dicho en otros términos, se trata de fomentar la cooperación y la integración comunitarias sin miedos ni restricciones. Sólo de este modo surgirá una nueva afirmación de las diferencias, de las riquezas, de las peculiaridades que crean la identidad necesaria y la complementariedad para impulsar los proyectos particulares de cada país y los comunes a todos; los que pueden enriquecerlos mutuamente. Francia debe reforzar sus esfuerzos en el campo diplomático y decidirse a realizar reformas de fondo en sus viejas instituciones burocráticas. Esto fortalecerá su ser nacional y así podrá superar sus contradicciones frente al poderío norteamericano, respaldado por Inglaterra y España, que ve en la gran nación gala un fuerte opositor a sus designios hegemónicos.¹⁸

b) *El anhelo de Alemania*

Aunque Alemania, junto con Francia, ha jugado un papel destacado en la promoción de la integración europea desde 1950, su acción política se ha vuelto relevante y protagónica con la caída del muro de Berlín y la unificación. Vale, en este caso, también examinar cómo este país ha

¹⁸ Cf. "France diplomacy. Against America? Moi?", en *The Economist*, 15-18 de marzo del 2003, p. 47, y las declaraciones de J. Chirac, luego del ataque unilateral de Estados Unidos y sus aliados a Irak; ver prensa nacional e internacional del 20 y 21 de marzo del 2003.

articulado su fortalecimiento nacional, con el proceso de integración regional y con el proceso de aceleración de la competencia mundial impulsado por Estados Unidos.

Es justo en los primeros años de 1990 —cuando la integración europea entró en una etapa de espera, de reflexiones y debates para avanzar hacia un nuevo ciclo de transición comunitaria— que Alemania dio un paso fundamental en la construcción de la Nueva Europa, reintegrando en su seno a la Alemania Oriental escindida, después de la Segunda Guerra Mundial.

Esa acción ejemplar de insertar una parte significativa de la “otra Europa” en el corazón de la UE produce una enorme conmoción interna en la Alemania Federal. La situación se presentó en extremo compleja para el devenir histórico alemán en los cinco primeros años de 1990 y ello repercutió en la continuación de la integración europea; debido a la bonanza económica que gozaba, empezó a decaer significativamente.¹⁹ y aún el peso en su “conciencia culpable” por el Holocausto pesaba duramente en la reconstrucción de su nueva identidad.

La unificación significó debilitamiento interno para Alemania Federal y desaparición de la Democrática. Ello exigió reestructuraciones internas para allanar el atraso y la pobreza, ambos, producto de una modernización que se truncó; primero, por el estancamiento de la superpotencia soviética y, segundo, porque se volvió inviable para Alemania Oriental con su derrumbe; por otro lado, se hizo necesario volver a crear una nueva diferencia, un nuevo ser nacional más vigoroso y democrático que respetara la gran autonomía interna de los Estados federados (Länder).

Con perspectivas de un futuro halagüeño pero con un duro presente, Alemania unida vuelve a estar dotada de una infraestructura industrial pesada y rica en recursos humanos altamente calificados, capaces de integrarse, en poco tiempo, dentro de la moderna planta productiva que se

¹⁹ Desde 1990, año en el que Alemania creció en un 4.5%, éste ha venido decayendo anualmente a eso de una tasa promedio de 1% hasta llegar en 1996 al 1.29%; se estima un 2.5% para 1997 y se ha proyectado un 3.2% para 1998. Ver Merrill Lynch, *Global Data Bank*, New York, Currency and Bond Market Trends, 4 december, 1997, p. 86.

ha ido reestructurando desde fines de 1980 para insertarse en la dinámica competencia de la economía mundializada.²⁰

La unificación dificultó el avance del proceso integrador europeo, consolidado en 1992 con el Tratado de Maastricht que crea formalmente la Unión Europea. Las dudas y reticencias que tuvo Alemania en los primeros decenios de la construcción europea, se presentaron de nuevo y con más agudeza. Gran parte de su población, aunque no su gobierno, consideran incompatible preservar la integridad, las diferencias nacionales, asumiendo plenamente las políticas comunitarias; es más, algunos creyeron erróneamente que éstas fomentarían la división de Alemania y que la Federación, ciertamente, se arrogaría nuevos derechos en detrimento de los Estados; por lo que éstos han exigido la creación de nuevos mecanismos institucionales para tratar ellos, junto con la Federación (*Bund*), las cuestiones europeas que los afectan de modo directo.

A cuatro años de la unificación alemana, el Consejo Europeo en Essen percibe el nuevo panorama regional: desaparecidos los dos bloques mundiales que dividían a Europa en su médula espinal, la nueva Alemania por su localización geográfica y la fuerza de su economía es aquella que impulsará la integración de Europa y su ampliación hacia el Este. Así, Alemania, en el centro de Europa, aparece como el puente y gozne entre el Este y el Oeste, ya no antagónicos sino hermanados. El éxito de su unificación resulta ser como el preludeo del reto europeo del fin de siglo: acoger a la “otra Europa” empezando por los países del centro y este y es Alemania la que, poco a poco, atraerá también a la Federación Rusa al seno de Europa.

²⁰ Las cosas han ido más lentamente de lo que teóricamente se esperaba y el peso de levantar a la ex-Alemania Oriental ha sido excesivo pues su crecimiento promedio fue sólo de 1.5% desde la posreunificación en 1991. Las cosas mejoraron en el 2000 ya que la economía creció un 3%, la mejor tasa desde 1991 y el desempleo bajo a 3 millones y medio; no obstante, con la recesión mundial y la depresión de Estados Unidos, su crecimiento en el 2001 sólo fue del 0.6% del PIB, en el 2002 del 0.5%, con lo que el desempleo de 4 millones tendió a incrementarse y en el 2003 su crecimiento fue de -0.2%, poniéndose al borde de la recesión; lo que augura pocas esperanzas de mejoría del país para el 2004 si no se profundizan las reformas emprendidas.

La apuesta es riesgosa, ya que los países del Este y Rusia tienen fuertes problemas económicos y la emigración de millones de habitantes de estos países hacia Alemania es una gran tentación; pero también lo es el amplio mercado de fuerza de trabajo, de materias primas baratas y el potencial mercado de consumo para los productos alemanes. De allí la especial preocupación que el gobierno alemán tiene para ayudar a los países del Este con grandes sumas financieras que sirven para apuntalar una economía integrada a los circuitos mercantiles y financieros europeos en los que Alemania tiene la regencia. Por otro lado, esta integración económica con los PECO está garantizando el paulatino desmoronamiento del fuerte estatismo heredado hacia economías de mercado que garanticen un consumo más diversificado; todo ello, en la medida en que la población pueda acceder a la prosperidad, en condiciones de paz y democracia, cumpliéndose así el sueño de la Gran Europa.

Pero el problema alemán no se presenta sólo a mediados de 1995 en el lanzamiento de una política exterior agresiva, ni en continuar incrementando el poderío de Estados Unidos, que sigue aún siendo su primer interlocutor y protector, sino en salir airoso en sus tareas de modernización futura; ya que el apoyo de la superpotencia se da sólo para reforzar el papel de la Unión de Europa Occidental (UEO) como el brazo militar y el pilar fundamental de la Alianza Atlántica; así como para el ensanchamiento y fortalecimiento de la OTAN. Es por esta razón que Alemania está tentada a sacudirse el pesado yugo norteamericano; lo que explica su apoyo a Francia en la crisis de Irak.

Tampoco Alemania se opone a una política comunitaria en el plano de la seguridad de la UE, ni a una política común en términos de migraciones, en especial de refugiados y exilados, pues el costo del sostenimiento de la seguridad europea —fincado en una transición pacífica de los países del Este a la democracia— es una tarea que le corresponde a la Unión y es Alemania de modo directo la que tiene que impulsarla para su propio beneficio.

El talón de Aquiles de la Alemania unificada y deseosa de ensanchar la integración hacia el centro y este de Europa es, hoy por hoy, su propia reconstrucción interna, como también lo comprobamos en el caso de

Francia. Esa necesidad de diferenciación, de identidad propia, frente al torbellino homogeneizador que le asecha en la nueva era de la modernización, a la americana, que se extiende vertiginosamente en su propio suelo. Lo que implica la exigencia de equilibrar las grandes desigualdades, que se han ido ahondando, entre los Estados federados de la ex-Alemania Democrática y los de la antigua Alemania Federal,²¹ desde la unificación, al impulso de la competencia comercial volcada hacia el exterior o hacia la propia Unión, con el fin de no quedarse atrás en el campo económico y político. Todo ello, es una constante fuente de conflictos a los que cabe añadir la lucha de los Estados federados para mantener su autonomía, preservar sus diferencias y crecer, pues esto les da ventajas en la Federación. Es por eso que, en sus exigencias inmediatas, tienden a bloquear cualquier política europeizante si ésta no trae inmediatas ventajas en el campo interno de cada Estado o viceversa.

Así, la escasa preocupación de la población por la cuestión europea, estriba en que la propia comunidad interna alemana está quebrantada; la pobreza, el desempleo y las desigualdades decrecen lentamente y ello genera un ambiente propicio para la proliferación de respuestas radicales, rechazos viscerales que despiertan los rescoldos de un fundamentalismo aún latente²² y que, frente a la aventura de la Unión Monetaria Europea en marcha, ven la desaparición del marco de los tiempos de bonanza que la estabilidad del mismo trajo a los alemanes.

Ejercer así el liderazgo político, en la continuación de la integración europea, resulta para Alemania y para la propia Unión bastante riesgoso, ya que tiende a despertar en los miembros de esta última el temor al hegemonismo que fue uno de los azotes que condujeron a las guerras; por lo cual la estrategia que parece seguir es la de desacelerar la intensidad

²¹ Aunque el nivel de vida de la población que fue de la ex-Alemania Oriental ha mejorado mucho, no deja de estar distante de la de los Länder de la ex-Alemania Occidental; los niveles de empleo, los salarios y, por tanto, los ingresos siguen siendo inferiores en un promedio del 25 al 30%. Ver a este respecto, "A survey of Germany", en *The Economist*, 7-13 de diciembre del 2002, pp. 1-18.

²² Ver a este respecto, "Dispite feelings of past guilt, Germans are getting less coy about nationalism", *ibid.*, 25-31 de mayo del 2002, pp. 48-49.

de las reformas institucionales previstas para el fortalecimiento de la Unión Económica y Monetaria para ganar tiempo en la reconstitución interna de su propia comunidad nacional, apoyándose en el Estado francés. Así, las reformas necesarias para el nuevo ensanchamiento europeo, previsto a iniciarse en el 2004, le resultarán ampliamente ventajosas.

Esta actitud cautelosa adoptada por Francia y por los demás países de la Unión, debido a la magnitud de los retos frente a la divergencia de intereses y la diversidad de las situaciones y circunstancias, en el caso de Alemania, podría parecer como una ambigüedad, un descuido lamentable o un miedo real a ejercer el riesgo del liderazgo manifiesto que el país tiene en el interior de la Comunidad. Sin embargo, queda claro y es preciso recalcarlo, tanto para Francia como para Alemania, y es el caso de los 15 países de la Unión, antes de impulsar la construcción de la Nueva Europa tienen la tarea primordial de llevar a cabo el proceso de reconstrucción de la nación, la preservación de las diferencias, de la identidad como un elemento clave para avanzar hacia la consolidación de la Unión, hacia la búsqueda de una nueva identidad que sólo la Unión política les puede proporcionar. De allí su especial preocupación por los problemas migratorios propios y comunes a la Unión, así como los de seguridad, ciudadanía y en los del nuevo ensanchamiento hacia el Este europeo en los que está actualmente enfrascada.

El hecho real es que en este complejo proceso, hablando en términos de poder, Alemania ha salido fortalecida; pues no sólo curó sus heridas de posguerra sino que surgió como la primera potencia de la Unión. Sin embargo, no ejerce plenamente su liderazgo político, tácitamente cedido por Francia que vive su propia batalla interna, previa a la necesidad de recuperar el equilibrio político, esencial al impulso integrador del que Alemania es muy consciente. Esta circunstancia instaura un liderazgo pragmáticamente compartido entre los dos antiguos rivales y es que Alemania ejerce el liderazgo económico y Francia el político; de tal modo que el equilibrio de fuerzas tan largamente trabajado no se rompa y la construcción comunitaria no se malogre.

5. Conclusión

Sea lo que sea, el hecho real es que la lucha por la integración europea sigue su marcha con altas y bajas. Queda una larga tarea común a la que los impulsores de esta gran idea en realización, Alemania y Francia, así como los otros países, no han renunciado; lo que exige de ellos la recia voluntad política de transitar, dentro del proceso de modernización acelerado, bajo la implacable competencia con Estados Unidos, hacia una regionalización que no paralice la tarea de diferenciación y consolidación de sus identidades. Estas, es cierto, continuarán generando conflictos internos que endurecerán las fronteras ya existentes, dificultando así la aceleración del proceso integrador;²³ pero también creando nuevas aperturas: nuevas e imaginativas instituciones para avanzar hacia una comunidad políticamente representativa.

Ello, a nuestro parecer, es la muestra de la difícil gestación de esa nueva institución, esa Comunidad imaginada para facilitar nuevas opciones de libertad con mejor vida que puede diluirse. La Comunidad europea fue hace tiempo un espacio de crecimiento y de intercambio, de cooperación y de apoyo solidario que permitió mejoras culturales y sociales de las que aún disfrutaban sus integrantes; pero pueden escapárseles de las manos. Hacer de la UEM un espacio de competencia, un mercado ampliado de libre cambio, cada vez más duro y salvaje entre las empresas que tienen que ser reestructuradas para ser más eficientes, está llevando a la división entre los miembros de la Comunidad y entre sus pueblos. La pelea por inversiones extranjeras, para generar nuevos empleos sin la cooperación comunitaria, sin la ayuda que impulsa a los más atrasados, no conducirá a la construcción europea sino a su división y destrucción. La suspicacia, el divisionismo, el miedo y el endurecimiento de las leyes y

²³ La fractura que se dio con respecto a la posición pronorteamericana adoptada, especialmente por parte de España, en el caso de la guerra contra Irak, dado que Inglaterra constantemente ha sido la fiel aliada de Estados Unidos y el freno a las iniciativas de consolidación y ampliación de la UE, poco a poco se irá restañando en la medida de la habilidad y la flexibilidad franco-alemana para negociar y suscitar compromisos que ha sido el secreto de su liderazgo compartido.

de las políticas en cada uno de los países miembros, el unilateralismo egoísta, irán minando desde dentro el proceso integrativo.

El éxito del *euro* y de la Comunidad en el devenir del siglo XXI, exige una solidaridad más honda, una verdadera unión política para coordinar las políticas presupuestales y financieras con las cuales se pueden armonizar las políticas fiscales y de desarrollo; de otro modo, sucederán los conflictos y las reticencias para seguir apoyando a los miembros que necesitan y el cemento unitario se resquebrajará. La lucha contra el desempleo implica políticas comunes de crecimiento sostenido y de reparto social. Frente a “un gobierno económico”, el Banco Central Europeo, que ha manejado de modo magistral al *euro* a pesar de las difíciles coyunturas, se impone “un gobierno político”, capaz de conducir el necesario ensanchamiento de la UE. Esta en un plazo de diez años, según el Tratado de Niza aprobado en los primeros días de diciembre de 2000 y ratificado en la Cumbre de Copenhague el 13 de diciembre de 2002, podrá contar con 27 miembros, lo que implica un reforzamiento en todos los aspectos; pero primero en el plano político, que es el que más se encuentra rezagado.

Las tendencias a hacer del gobierno político una federación de Estados, parecida a la fórmula norteamericana, una unión de gobiernos colaborando estrechamente en las tareas comunitarias, o bien un sistema comunitario de gobierno con tendencias supranacionales, un federalismo transnacional opuesto al nacionalismo recalcitrante, dentro de la complejidad de la estructuración política de la Unión, refleja las contradicciones y los compromisos permanentes que se han presentado en la construcción de la Comunidad. El Tratado de Maastricht y el de Amsterdam son fiel reflejo de éstos, en ellos priva el pragmatismo, las componendas entre las diferentes visiones del posible gobierno de la Unión, los desacuerdos sobre una visión de conjunto, sobre un consenso europeo. En todo caso, en el análisis que concluimos, se palpa la voluntad decidida de los dos grandes impulsores del avance comunitario, Francia y Alemania, para dejar sus nacionalismos estrechos y caminar en el sendero nada fácil de la construcción de Europa para consolidar la hegemonía compartida que han venido realizando juntos con Estados Unidos.

Sin embargo, hace falta avanzar aún más hacia una definición más concreta, hacia un compromiso más claro de las competencias nacionales y supranacionales en el interior de las instituciones y en los órganos de gobierno, para negociar sobre una posición de fortaleza nuevos espacios ante el poderío norteamericano que frente a la pérdida de su hegemonía política y a las dificultades de imponer su modelo económico no ha dudado en usar la fuerza militar.

Para finalizar se nos antojaría hablar de la proclamación de la Constitución europea, largamente preparada, que diese mayor claridad al ámbito de las soberanías nacionales y a la nueva soberanía sopranacional que debería corresponder a un gobierno europeo, expresión concreta regional y mundial de la UE, un ente más accesible a los pueblos europeos, a esos ciudadanos nacionales que tienen que sentirse —sin perder sus ricas identidades— ciudadanos de la Comunidad. Pero el formalismo y la predicción no son más que presunciones de una realidad más nueva y rica que puede surgir de esas sucesivas aproximaciones que van generando las tensiones y conflictos, pero que al mismo tiempo van dando lugar a esos avance sustanciales, a ese reto permanente, a ese acabamiento político que exige la construcción de una comunidad de Estados nacionales en el siglo XXI.

Así, la idea más original y fecunda que el siglo XX produjo, se estaría plasmando en una comunidad de democracias con enorme capacidad de decisión, donde la voluntad individual del ciudadano se integraría, en un gran haz de voluntades nacionales para conformar una comunidad supranacional, capaz no sólo de oponerse o competir con la grotesca modernización que con el nombre de globalización nos trata de imponer Estados Unidos. Nos gustaría ver una nueva luz, que nos permitiera salir del “sueño o del letargo americano” y trabajar “en nuestras patrias provincianas”; en América Latina, por ejemplo, en la difícil tarea de avanzar en la construcción de integraciones más humanas, donde la división y estratificación sociales, sustentadas en el dominio, en la violencia o en el uso de la fuerza, se transformen en comunidades de cooperación y ayuda, donde la discusión y el diálogo nos permitan una distribución más justa y equitativa de las riquezas generadas por el trabajo de todos. Sólo así, el

sueño europeo, nuestra propia utopía: la de un mundo moderno y posmoderno más libre y de una mejor vida para todos, se haría, con la participación de todos, una realidad tangible. Anhelado y utopía que Estados Unidos no ha logrado transmitirnos dado su recio pragmatismo y su afán imperialista, justificado por un discurso ya gastado de "libertad y democracia para todos" que nunca podrá lograrse a base del uso de la fuerza.